

Cooperativas, ¿en la senda hacia el socialismo?

Peter Marcuse

Aclarar lo que pensaba Karl Marx sobre el papel de las cooperativas es útil, no para obtener la respuesta «correcta» sobre cuál debería ser dicho papel, sino para ayudarnos a pensar sobre qué respuestas alternativas podría haber y en cómo estas podrían moldear las expectativas actuales con respecto al movimiento cooperativo. Si alguien considera que una organización no capitalista, o socialista, de la sociedad es en último término deseable, entonces cómo cabría responder a las siguientes preguntas hoy en día:

(1) ¿Son las cooperativas de producción, las empresas propiedad de los trabajadores, mejoras experimentales deseables para la organización de la producción más allá de las prácticas estándares capitalistas y que van en la dirección de producir un *bienestar social* inmediato?

(2) ¿Son, además, esas cooperativas de producción pequeñas islas de un futuro diferente, *modelos de socialismo* en el interior de una sociedad capitalista?

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 66, nº 9, febrero de 2015, pp. 31-38. Traducción de Joan Quesada. Peter Marcuse (<http://pmarcuse.wordpress.com>), urbanista y abogado, es profesor emérito de Planificación Urbana en la Universidad de Columbia en la ciudad de Nueva York. Su última obra, con Neil Brenner y Margit Mayer, es *Cities For People, Not For Profit* (Ciudades para las persona, no por el beneficio), publicada por Routledge en 2011.

(3) ¿Son la *punta de lanza del socialismo, avances políticamente prácticos* en la senda hacia el alumbramiento de una posible sociedad alternativa?

(4) ¿Serán también en última instancia los *cimientos* de esa sociedad, si esta llega a desarrollarse?

(5) En definitiva, ¿cuál es *su importancia, su papel*, en las luchas diarias?

La respuesta que aquí sugerimos a las tres primeras preguntas es que sí, las cooperativas actuales son experimentos que aún no han agotado todo su potencial; ciertamente, representan una mejora con respecto a la mayoría de las estructuras capitalistas existentes y tal vez sean un presagio del futuro, aunque también poseen limitaciones que es preciso reconocer. Las primeras cuatro preguntas no plantean disyuntivas mutuamente excluyentes, en el sentido de que pudieran suscitar, aunque no necesariamente, cuestiones fundamentales sobre si son deseables mayores transformaciones. Muestran que los trabajadores pueden gestionar fábricas por sí solos, que la democracia en el puesto de trabajo es posible y que los capitalistas no son necesarios para la organización de la producción.

La respuesta a la quinta pregunta, relativa a la importancia neta de las cooperativas hoy en día, depende, por supuesto, de la fuerza de las respuestas a las cuatro primeras, y de si se considera que el fin último es una transformación social fundamental. Una transformación social fundamental lo utilizamos aquí para referirnos a un movimiento hacia el socialismo, una alternativa a la formación social capitalista actual. La noción de socialismo de Marx era la de una alternativa como la mencionada, aunque los detalles específicos de esa sociedad podían variar significativamente, siempre que se tratara de una sociedad no capitalista.

Dado que Marx representa un claro punto de partida en la historia de la experiencia con las formas modernas de cooperativas obreras, el

presente artículo examina algunos de los comentarios del autor sobre estas para establecer el contexto para una evaluación más contemporánea.

¿Suponen las cooperativas obreras un bienestar social inmediato?

Sí, las cooperativas obreras son claramente superiores a la forma de organización empresarial basada en la propiedad y la gestión del capital. En primer lugar, sustituyen al capitalista por la asociación democrática de los trabajadores; como dice Marx, los trabajadores se convierten en sus propios capitalistas y, por lo tanto, pueden organizar su propio funcionamiento en la medida en que deseen. El bienestar de los trabajadores mejora materialmente, ya que las *ganancias* que el capitalista habría realizado como consecuencia de la propiedad de la empresa se convierten en renta del 99%, que aumenta proporcionalmente al descenso de la del 1%.

Además, el hecho de que los trabajadores controlen su trabajo inmediato, de forma cooperativa, es ya en sí mismo una contribución a la mejora de su bienestar. Disminuye la alienación del trabajo y les permite ejercitar el músculo intelectual tanto como los músculos físicos.

Ambas ventajas, por supuesto, tienen sus límites, ya que las presiones de la competencia y las exigencias del marketing en una economía de mercado orientada al beneficio privado limitan las opciones de que disponen, aunque en general el resultado neto es un aumento de la igualdad del sistema de producción. En palabras de Marx:

Las fábricas cooperativas gestionadas por los propios obreros son, dentro de la vieja forma, los primeros ejemplos del surgimiento de una nueva forma, aunque naturalmente reproducen en todos los casos, en su

presente organización, todos los defectos del sistema existente, y han de reproducirlos. Sin embargo, la oposición entre capital y trabajo queda abolida en ellas, aunque al principio sea tan solo en la forma de que los trabajadores asociados se convierten en sus propios capitalistas, es decir, utilizan los medios de producir para valorizar su trabajo.¹

¿Son las cooperativas obreras modelos de socialismo dentro del capitalismo?

Sí, en algunos aspectos. Concretamente, las cooperativas obreras pueden hacer visible el verdadero potencial de las formas cooperativas de producción en el capitalismo (incluidos la autogestión, el beneficio material inmediato y la experiencia de empoderamiento) y plantear cuestiones sobre cuáles son las alternativas reales a los modos de producción existentes. No obstante, como Marx señaló, las cooperativas obreras que operan en una economía capitalista de mercado, guiada por el beneficio, no pueden funcionar con independencia de dicha economía. Tal vez puedan estar más cerca de hacerlo en aquellos sectores que en realidad ya se encuentran en cierta medida fuera del mercado, como pueden ser la educación, la sanidad, los servicios municipales, las cooperativas artísticas, pero estos son solo excepciones, relativamente pequeñas dada la escala de ese tipo de actividades libres de competencia, además de estar constantemente amenazadas en la actualidad por la expansión de la destructiva privatización.

¿Son las cooperativas obreras punta de lanza del socialismo y avances políticamente prácticos hacia este?

Una vez más, la respuesta es sí. Sin embargo, hay un importante efecto «silo», ya que, a medida que las cooperativas envejecen, tienden a convertirse en pequeñas torres defensivas aisladas en un paisaje inalterado por

su presencia. La contribución que puede hacer la lucha por las cooperativas obreras y el desarrollo de estas no tiene tanto que ver con los no participantes como con los efectos de concienciación que estas tienen sobre los participantes mismos. Es probable que aumenten el empoderamiento personal y la motivación de los participantes para participar en transformaciones más amplias que las propiciadas por las cooperativas cuando la experiencia les demuestre que las limitaciones a las que antes hacíamos referencia en el desarrollo de sus empresas son inevitables si no se producen cambios políticos mucho más generales y transformaciones económicas sistémicas que, en última instancia, conduzcan a un sistema más cercano al socialismo que al capitalismo.

Al mismo tiempo, las presiones exteriores de la competencia cotidiana, presiones para reducir costes, recortar la calidad y mantener bajos los salarios y el número de empleos, es probable que no den tregua. La tentación de concentrarse en la defensa del silo es inherentemente grande cuando se opera en un sistema de mercado competitivo y con las relaciones de poder político que lo acompañan.

Así pues, los esfuerzos que implica la lucha inmediata por gestionar el negocio y competir con éxito suficiente para, al menos, mantenerse a flote (sobre todo si tenemos en cuenta la limitada experiencia empresarial de la mayoría de los trabajadores) resultan desalentadores. Gestionar una empresa consume gran cantidad de tiempo y de energías, y plantea innumerables problemas tanto técnicos como comerciales. Fácilmente, puede coartar el impulso de intentar expandirse en direcciones que no ofrecen ninguna recompensa inmediata.

La experiencia vital real de los trabajadores en la creación y la gestión continuada de cooperativas obreras debilita, más que fortalece, el alcance político de estas para el cambio de sistema, un cambio que va más allá de las exigencias inmediatamente necesarias. Es posible que la existencia previa de una fuerte orientación ideológica radical baste para

mantener vivo el compromiso de plantear siempre objetivos más a largo plazo en el transcurso de las luchas diarias. No obstante, una cuestión distinta es si, cuando ese compromiso existe ya de antemano, la creación de cooperativas obreras y el apoyo a estas es la forma más efectiva de pasar del compromiso a la práctica.

¿Son las cooperativas obreras los cimientos de una sociedad alternativa, no capitalista?

En un cierto momento, Marx pensó que así era:

Si la producción cooperativa ha de ser algo más que una farsa y una trampa; si ha de superar el sistema capitalista; si las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional según un plan común y, de ese modo, someterla a su control y poner fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas que constituyen la fatalidad de la producción capitalista, entonces, caballeros, ¿qué sería esta si no el comunismo, un comunismo «posible»?²

Sin embargo, las cosas han cambiado desde que Marx escribió esas palabras en referencia a la Comuna de París de 1871. Brevemente:

- Las tecnologías de producción han cambiado, incluidas la globalización, la automatización y las tecnologías de la información.
- Han cambiado la función económica y el poder político de la clase trabajadora, así como su estructura organizativa, y ha aumentado el poder del capital.
- El desarrollo tecnológico ha progresado sustancialmente y ha creado la posibilidad de una abundancia real.³

- El consumismo y los medios de comunicación han modificado y han ampliado su función de control.⁴
- El papel de la ideología y de la conciencia, en oposición a las simples preocupaciones materiales, se ha ampliado (piénsese, por ejemplo, en el surgimiento del conservadurismo social, del Tea Party, de la nueva izquierda y del movimiento Occupy Wall Street).⁵
- El papel del Estado en la implementación del sistema económico es ahora mayor.⁶

Marx pensaba, además, que el Estado no debía tener papel alguno en la creación de cooperativas ni en su gestión. De no ser así, argumentaba, el socialismo se instauraría por la acción del Estado, en fuerte contraste con la idea central del socialismo científico de que los trabajadores solo lograrán la emancipación por sus propios esfuerzos. Si los trabajadores necesitaran el apoyo del Estado para su movimiento revolucionario, con ello solo se pondría de manifiesto «la plena conciencia de estos de que ni gobiernan ni están preparados para gobernar [...] [E]n cuanto a las actuales sociedades cooperativas, estas solo son valiosas en la medida en que son creaciones independientes de los trabajadores, y no protegidas ni de los gobiernos ni de la burguesía».⁷

Este comentario parece contradecir el apoyo entusiasta que brindó Marx a las sociedades cooperativas y que aparecía en la cita anterior. Entiendo que la primera cita hace referencia a circunstancias, como las de la Comuna de París de 1871, en las que el capitalismo ya ha quedado esencialmente *desbancado* y se ha instaurado el control directo de los trabajadores sobre la economía. Dadas las distintas circunstancias de 1875, el entusiasmo de 1871 ha sido reemplazado por un escepticismo que podríamos describir como la creencia en una fácil cooptación de la forma cooperativa por el Estado capitalista.

Así pues, la respuesta a la pregunta sobre si las cooperativas obreras constituyen la base de una sociedad alternativa parecería ser: sí, una vez que se ha establecido un sistema alternativo, no capitalista, pero no antes de ello.

¿Cuál es el papel de las cooperativas en las luchas cotidianas de hoy en día?

Vivimos en una economía de mercado abrumadoramente privada, guiada por el beneficio y competitiva, en la que el Estado está en esencia dominado por el poder del capital. Actualmente, las cooperativas de trabajadores constituyen avances útiles y progresistas que pueden servir para respaldar los esfuerzos para reunir una oposición notable al Estado existente, pero ellas mismas no pueden ser instrumentos para transformarlo. La situación tal vez sea distinta en el futuro; cuál pueda ser su papel entonces es imposible de predecir. Hoy en día, hay que apoyar su papel actual, pero no hay que exagerarlo.

Del análisis anterior podrían extraerse algunas implicaciones específicas para las empresas de todo tipo que son propiedad de los trabajadores, las cooperativas de carácter económico, político y social. Por el lado positivo, habría que fomentar las cooperativas, en cualquier ámbito de actividad, como alternativa a las actividades lucrativas vinculadas al mercado. Las cooperativas evitan la explotación por parte de otros en la producción, y pueden enseñarnos las posibilidades de la autogestión y la democracia participativa inmediata en acción.

Las cooperativas pueden arrojar luz sobre el papel contradictorio del Estado en las actividades colectivas. El papel de estas en una sociedad poscapitalista es posible que sea bastante distinto. No podemos dar por sentado que las cooperativas actuales se mantendrán y se convertirán en uno de los pilares de una nueva sociedad. Podría ser así, o no. Nos

pueden enseñar cosas útiles sobre esa nueva sociedad, pero en la actualidad este es solo un aspecto insignificante de sus actividades.

Sin embargo, la función de las actuales cooperativas en la economía en general se limita básicamente a aquellos sectores económicos en los que las actividades no competitivas tienen un papel significativo y que, clásicamente, son los ámbitos de la educación, la sanidad, la policía, la prevención de incendios, los oficios artesanos, las artes y ciertas actividades públicas como el transporte público, la protección medioambiental y las actividades regulatorias. No obstante, para las cooperativas el Estado es siempre en cierta forma la competencia, y el sector lucrativo privado representa una agresiva amenaza, como sucede con las escuelas concertadas, la seguridad privada y las empresas de servicios sociales. Además, cuanto más grande es una unidad de producción, más difícil es que los trabajadores ejerzan su control directo, y mayor es la dependencia de los dueños del capital para su funcionamiento.

La penetración de las cooperativas en la fuerza laboral también es limitada. La capacidad de estas para pagar salarios está restringida por la competencia, de modo que, para que las cooperativas puedan llegar a los trabajadores de los sectores peor retribuidos y pagar un salario digno, es bien posible que necesiten apoyos estatales. Por ejemplo, para que una cooperativa de vivienda para personas de renta baja pueda garantizar que los precios son asequibles, esta debe contar con fuentes de ingresos adicionales distintos de los pagos que efectúan los residentes con sus limitadas rentas, lo que la obliga a depender bien de las ayudas estatales o de empresas colaterales que generen beneficios y permitan efectuar subvenciones internas.

Las cooperativas, sometidas inevitablemente a las presiones del mercado, se ven por lo tanto empujadas a convertirse en sus propios capitalistas y, de este modo, a autoexplotarse, lo que es mejor que ser explotado por otros, pero no deja de ser explotación. Lo mismo sucede

en las cooperativas de productores que en las de consumidores; los voluntarios que trabajan sin retribución son, en términos económicos, trabajadores con salario cero.

La función política y social de las cooperativas de productores se encuentra igualmente limitada por la función que desempeñan los trabajadores en general en las estructuras económicas y políticas que conforman el capitalismo (y que podrían conformar el socialismo, dadas las tecnologías actuales). En tiempos de Marx, esto era central: la estructura de clases descansaba sobre la relación entre el capital y el trabajo, el proletariado. Marx veía al proletariado como los organizadores futuros de la estructura política, dominadores del Estado. Lenin lo interpretó en términos de un Estado transformado de ser instrumento del gobierno de clase a ser una forma de gestión técnica en interés de la eficiencia, un órgano simplemente administrativo, y no responsable ante una jerarquía de poder.

Sigue pendiente el interrogante sobre cuál es el papel que las cooperativas y el movimiento más amplio del que forman parte (un clúster cada vez mayor agrupado bajo los rótulos de «Nueva Economía», «Empresas Propiedad de los Trabajadores», «Economía Solidaria») podrían desempeñar en una transformación social fundamental, dadas las limitaciones que hemos discutido.⁸ La respuesta debe basarse en parte en el examen detallado y la interpretación del papel que han desempeñado hasta ahora, pero aquí aún carecemos de verdaderas pruebas. Existen, es cierto, numerosos estudios de caso de ejemplos individuales, como la cooperativa Mondragón en España y sus imitadores, y algunos estudios más generales como la obra de Gar Alperovitz, o las investigaciones del Instituto de la Nueva Economía, o de Democracia Colaborativa, así como los escritos de economistas como Richard Wolff.

Lo que hace falta, sin embargo, es centrar la atención en aspectos difíciles de aprehender de las experiencias de que disponemos entre co-

operativas. ¿En qué medida las cooperativas han tenido un papel fuera de la propia empresa u organización? ¿Acaso la experiencia ha llevado a los miembros de las cooperativas a una actividad política o social más general fuera del propio silo? ¿Se han posicionado sobre asuntos públicos clave? ¿Han apoyado solidariamente los esfuerzos de otros que pretendían seguir su misma dirección? ¿Han movilizado a otros para que siguieran su ejemplo? Al intentar evaluar la influencia agregada que han tenido, resulta crucial la definición que adoptemos de lo que cuenta como cooperativa o empresa propiedad de los trabajadores (o, en realidad, como parte de una formación alternativa de tipo solidario). Las cooperativas de crédito, por ejemplo, comparten algunas de las características de la categoría en cuestión, pero hay dudas sobre si se puede pensar que, en la práctica, muchas cooperativas de crédito desempeñen un papel externo significativo en los intentos por modificar la economía. Hay ciertas pruebas de que las cooperativas de alimentos frescos sí que intentan influir en las actuaciones públicas, aunque con toda probabilidad solo lo hagan en su limitada esfera de interés directo. Sería muy interesante tener información sobre los dilemas a los que se enfrentan los representantes de los accionistas-trabajadores en las empresas con planes de participación accionarial de los empleados, en situaciones como cuando se sientan en el consejo de dirección y tienen que votar sobre las demandas de aumento salarial de los sindicatos.⁹ Lo que podría mostrarnos una investigación más extensa sigue sin estar claro. En realidad, el hecho de que la respuesta esté aún poco clara puede ser revelador por sí mismo.

Así pues, desde el punto de vista de la preocupación progresista por la justicia social y la transformación social, las cooperativas obreras y el movimiento de la economía solidaria son buenos, pero no debe exagerarse su contribución a una transformación social fundamental. Además, podría ser que acabaran aceptando beneficios inmediatos a expensas de consentir con las formas económicas actuales a largo plazo.

Todo lo dicho hasta aquí es coherente con las observaciones de Marx. Sin embargo, la estructura básica de clases ha evolucionado enormemente desde la época de Marx. En la base, sigue estando la producción de plusvalía en el proceso de producción, ingrediente esencial que subyace a toda ganancia, pero ya no el único lugar en el que se producen ganancias: las finanzas y el comercio son también formas de explotación. El 1% extrae beneficios de diversas partes del 99%, de formas bastante distintas. Cuando Marx escribe sobre el «modo de producción», piensa en un sistema de clases en el que la lucha esencial es entre los proletarios y la burguesía, y se produce en el lugar de trabajo; el consumo es secundario, y las finanzas son, tal vez, terciarias.

Las ideas de Marx sobre las cooperativas se encuentran dentro de este marco. Las cooperativas son proletarias; su organización y su poder son un avance en la senda hacia el poder completo de la sociedad; su importancia se apoya en la importancia del proletariado y la lucha de clases contra el capital.

Por lo tanto, tanto si las cooperativas son el motor del cambio social dentro de una sociedad capitalista como si no, sugieren una alternativa al modo de producción capitalista —aunque conserven la forma de trabajo asalariado— sencillamente porque distribuyen la plusvalía producida entre los propios trabajadores. Aun así, el modo de producción, entendido en sentido estricto, ha dejado de ser por sí mismo el determinante de la organización capitalista de la sociedad. La organización de las finanzas, la propiedad inmobiliaria y el consumo son también componentes cruciales del capitalismo contemporáneo. Y, aquí, las cooperativas tienen un papel muy distinto, y dejan inalterado en gran medida el modo de producción.

Es muy posible que las cooperativas sean un modelo de cómo organizar la producción en el socialismo, pero no lo son de manera exclusiva.

El desarrollo tecnológico ha complicado aún más las cosas. En el sentido gerencial de Lenin, el Estado es necesario a causa de la complejidad de las interrelaciones. Las cooperativas de trabajadores no pueden gestionar separadamente esas relaciones; no pueden, ni deben, determinar qué es socialmente necesario producir, ni en qué proporción, ni cómo distribuirlo, ni cómo utilizarlo.

La importancia de las cooperativas reside en que son un modelo de cómo podrían ser los modos de producción alternativos y de cómo podrían ser ciertas partes de un mundo sin capitalistas, pero estas no pueden ir mucho más allá del papel cada vez más limitado, aunque absolutamente vital aún, del modo de producción.

Desde una perspectiva que mira hacia un cambio social básico en una dirección no capitalista, la principal importancia de las cooperativas tal vez resida más en lo que estas pueden decirnos y enseñarnos sobre el potencial de autogestión y la capacidad del 99% para trabajar y gestionar la sociedad, que en los cambios reales que ocasionan con su actividad.

Notas

1. Karl Marx, *Capital*, vol. 3, Penguin, Londres, 1981, p. 571. La discusión de Marx que aquí llevamos a cabo ha estado influida por un excelente trabajo de Bruno Jossa, «Marx, Marxism and the Cooperative Movement», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 29, n° 1, 2005, pp. 3-18.
2. Karl Marx, *The Civil War in France*, en Karl Marx y Frederick Engels, *Collected Works*, International Publishers, Nueva York, 1975, vol. 22, p. 335.
3. Herbert Marcuse, «The End of Utopia», en *Five Lectures*, Beacon Press, Boston, 1970.
4. Herbert Marcuse, *One-Dimensional Man*, 2ª edición, Beacon Press, Boston, 1991, con una nueva Introducción de Douglas Kellner.
5. Martin Jay, *The Dialectical Imagination*, University of California Press, Berkeley, 1973, 1996.
6. Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Farrar & Rinehart, Nueva York, 1944.
7. Karl Marx, *The Critique of the Gotha Programme*, en Marx y Engels, *Collected Works*, International Publishers, Nueva York, 1975, vol. 24, pp. 93-94.
8. «Nueva Economía» es un término que, como los demás, posee diferentes significados, es decir, se utiliza también para referirse a la economía verde, una economía solidaria. Es el término

COOPERATIVAS, ¿EN LA SENDA HACIA EL SOCIALISMO?

que usan Gar Alperovitz y otros, y yo lo utilizo aproximadamente en el mismo sentido, aunque a veces entre comillas, ya que creo que los intentos de especificar detalladamente su significado no son demasiado productivos hoy en día. El sentido general es que se trataría de una forma poscapitalista de organización social y económica. Marx utilizaba a veces el término «socialismo» en un sentido similar, pero abjuró específicamente, por utópicos, de los intentos de definirlo en detalle o de describirlo, y se limitó a tratar de algunos principios generales que este seguiría. Véase Marx, *Critique of the Gotha Programme*, y Friedrich Engels, *Socialism: Utopian and Scientific*, International Publishers, Nueva York, 1935.

9. Para una discusión del modelo en relación con los esfuerzos organizativos en la planta estadounidense de Volkswagen en Tennessee, véase Alexandra Bradbury, «“Employee Engagement” No Substitute for a Union at VW», *Labor Notes*, 17 de diciembre de 2014, <http://labornotes.org>.